

Remembranzas culinarias

Sobre los encuentros y desencuentros
de lo cotidiano y sus sabores

Anvy Guzmán Romero*

Resumen

Los sabores, al igual que las ciudades, nos generan sentimientos indelebles al revelar el estado del alma y evocar el pasado. Quizás por eso, al estar dentro de las prácticas cotidianas, busquemos hilar un acto y otro, un sabor y otro, un recuerdo y otro, para con ello volver a momentos, a instantáneas de la vida, simplemente a través de un olor, un sonido o un sabor. Porque a través de la comida los recuerdos se conectan con actos cotidianos, con actos de recordar personas, objetos y sueños que han sido separados en una temporalidad espacial. Así, pareciera que los sabores pueden borrar distancias geográficas al identificarlos, o creer hacerlo, en platos propios de una región. Tanto cocinar como comer son actos cotidianos, ahí radica su esencia y su importancia, en lo habitual que representan.

Palabras clave: cotidiano, culinario, sabor, encuentro.

Abstract

Flavours, as the cities, generate their indelible feelings on *revealing the state of the soul* and evoking the past. Probably because of been inside the daily practices, people seek to spin an act and another one, a flavour and another one, a recollection and another one, in order to go back into moments, into instantaneous of daily life. This can be possible, simply trough a smell, a sound or a flavour. Because *trough the food, memories connect with daily acts*, with acts of recalling persons, objects and dreams that have been separated in a spatial temporality. By doing so, *flavours* seemed to *erase* geographical *distances* on

* Profesora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Universidad de Buenos Aires.

identifying them into regional meals. Cooking as eating are daily acts, that's the important place they occupy.

Key words: daily, cooking, flavor, encounter.

Debemos llevar siempre un bolsillo vacío. Y conservarlo así, sin poner nada en él. Llevar con nosotros un recorte de nada, es el único modo de poder llevar algo en los otros bolsillos.

ROBERTO JUARROZ

Cito de memoria lo que Robert Musil dijo alguna vez, que a las ciudades se las conoce como a las personas en el andar. Así, a través de caminarlas podemos reconocerlas por sus sonidos... Las campanadas de la Giralda en Sevilla, los arrullos del Río de la Plata, lo ruidoso de los ejes viales del Distrito Federal y ese silencio increíble del periférico en horas pico, los pasos presurosos de los peatones en Londres, las sirenas intermitentes de Roma.

De igual forma podemos conocerlas por sus aromas. El olor de café bañado con sal del puerto de Veracruz, el aroma a humedad y pimienta de Cuetzalan, Puebla, la cautivadora fragancia de las crepas de Mont Martre. También, con tan sólo mirar una fotografía, una postal o unos trazos dibujados podemos con la mente crear y recrear los colores nocturnos de Times Square en Nueva York, el bullicio de las personas frente a la Fontana di Trevi en Roma, las risas de niñas y niños en una visita escolar a las pirámides de Teotihuacán.

Podemos recrear el clima por la observación del encalado de los muros, la presencia de chimeneas, la dimensión de las ventanas o las puertas entornadas o abiertas de par en par. De igual forma componer, con una mezcla de canciones y oberturas, la *banda sonora* que acompañe esa especie de filme que recreamos en la mente. Y, especialmente, reflexionar y preguntarnos acerca de las muchas similitudes que guardan con las ciudades propias y con las adoptadas, con las ciudades prestadas y con las robadas o acaso con aquellas que nos roban el corazón.



La foto corresponde a la plaza Dorrego en San Telmo, uno de los barrios más antiguos de Buenos Aires. Parecieran las 5:30 de la tarde, con la visita primaveral saludando a los transeúntes quienes deambulan en sábado a pasos más lentos que los habituales de los días hábiles. Los olores a comida provenientes de los varios bares que rodean a esta plaza se entremezclan con los del tabaco que fuman los vendedores de artesanías y antigüedades, con los diversos perfumes y colonias que utilizan quienes la visitan, con los vapores que salen de las coladeras.

A lo lejos se escucha, o se antoja escucharlo, uno de los tangos más conocidos. Ese que narra el amor a esta ciudad porteña. Sopla un viento fresco que, al compás de los arpegios *tangueros*, permite danzar a los primeros retoños color verde tierno de los árboles y que en su brisa carga un dulce y cálido aroma a garapiñados.

Durante el invierno las calles de esta ciudad se llenan de *puestitos* de “garrapiñadas calentitas”, como los nombran los lugareños, que con su inconfundible aroma transportan a la infancia, sea ésta *chilanga*, madrileña o porteña.¹ Estos puestos, ahora que ha cambiado la estación, es menos frecuente encontrarlos acaso por varios motivos. Uno que advirtiera el Marcovaldo de Calvino (1999:117), porque “la publicidad al igual que las flores y los frutos, va por temporadas”, otro necesariamente cercano a ello, según me relatan algunos viejos de México quienes recuerdan que junto a los mangos, en el mercado, los chabacanos anunciaban la llegada del verano llenando la ciudad con el juego de “los huesitos”, así como los perfumes de lima y tejocote marcaban las posadas en el mes con que el invierno anunciaba su llegada.

De igual forma, ese Marcovaldo observador puntilloso de cada detalle hubiera sido víctima del embrujo ocasionado por el aroma del azúcar derretido a fuego lento en recipientes de cobre, con el que se cubren cacahuates, nueces o almendras. Porque los recuerdos, que no pueden permanecer encerrados, se hacen presentes a veces subrepticamente a través de un aroma que corresponde a un sabor, ya que ¿acaso puede negarse?, los sabores representan un vínculo con nuestras historias y nuestras memorias siempre plagadas de recuerdos y de registros.

Los sabores, al igual que las ciudades, por la omnipresencia en las rutinas y en las actividades cotidianas que llegamos a sacralizar como esenciales para el desarrollo ontológico que nos da seguridad y colma nuestro mundo de significados simbólicos, nos generan sentimientos indelebles al revelar el estado del alma y evocar el pasado. Esa evocación apela al estado de conciencia que, a decir de Bachelard (2002), todo lo rejuvenece al descubrirnos la magia poética del entorno espacial donde nos movemos. Así, al estar alertas tomando conciencia, a menos que sólo se deje a la libre el sentimiento gozoso sin esperar más recompensa, descubrimos el estado del alma en recuerdos afincados en ciudades, casas, cocinas, calles, mares.

Como evidencia de la dicotomía tradición-modernidad, la toma de conciencia en estos tiempos actuales llenos de imágenes, sonidos, información, movimiento, caos, esperanza –todo eso y nada a la vez que

¹ Gentilicio de las personas oriundas del puerto de Buenos Aires.

puebla nuestro interior—, pareciera resultar cada vez más dificultoso. Frente a esto, y como un ejercicio consciente, las personas deberíamos de concedernos la oportunidad de pasar algunos instantes pensándonos, sumergiéndonos en nuestros muchos pasados y presentes para poder llegar a interpretaciones que posiblemente sirvan para enfrentar un futuro incierto en su forma pero finalmente seguro en su contenido.

Ya que por grande que sea la cantidad de nuestras noches y nuestros días, ¿por qué no aprovechar toda oportunidad gozosa encarnada en la vivencia de lo irrepitable de cada atardecer? Acaso así no permitamos que la vida pase a nuestro lado y nos tome desprevenidos en su andar, posiblemente no consintamos más realizar acciones cotidianas sin darles su merecido reconocimiento, y en cambio podamos pretender que es la primera vez que suceden. ¿Acaso estemos a tiempo de recuperar el sentido valorativo del mundo de la vida, de la cotidianidad que nos rodea sin representar la misma carne para todos? Tal vez sea hora de compartir el significado común que nunca debió ser soslayado.

Me pregunto si no será hora de comenzar a *reconstruir* nuestra cotidianidad, en la que como un ejercicio consciente resignifiquemos la forma de percibir y asimilar los acontecimientos cotidianos y establecer así un enamoramiento constante manteniendo incólume el deseo. Un enamoramiento en donde lo nuevo se conecta necesariamente con lo conocido, con lo que muchas veces se añora, se rememora. Por ello, ya que el deseo es quimérico, celoso, absorbente y a veces engañoso, el secreto radica en no dejar que se consuma, o nos consuma.

Al adentrarse en esas añoranzas siempre existe la posibilidad de pisar un terreno resbaladizo, condición que no aleja a quien quiere acercárseles, sino que paradójicamente cautiva y atrae dada su naturaleza. Eso que llamamos “remembranzas” consiste en reunir personas, objetos y sueños que fueron separados. Es, a decir de John Berger (2006), una condición intrínseca a la identidad humana. Quizás por eso al estar inmersos en las prácticas cotidianas estemos buscando hilar un acto y otro, un sabor y otro, un recuerdo y otro. Y por ello es probable, también, que la vida sea una expresión sinestésica permanente de posibilidades.

Sin embargo, diría Roberto Juarroz (2005), nada debe reemplazar a lo ausente. Como si una presencia pudiera suplir una ausencia o una copresencia: como cuando estamos aun sin estar o cuando el recuerdo

nos apela, y también cuando la crítica o las sombras fervorosas rodean a nuestros recordantes. Quizás por eso podamos volver a momentos, a instantáneas de la vida, simplemente a través de un olor, un sonido o un sabor. Si nada debe remplazar a lo ausente, es porque eso que no está es independiente de lo que sí está. Ya que si tratamos de equiparar un recuerdo con algo tangible, corremos el riesgo de olvidar la verdadera esencia del mismo. Esto sucede con frecuencia en varios momentos de nuestra vida cotidiana, momentos en que al no estar alertas, tomando conciencia, olvidamos asir con el corazón las sorpresas que nos da la existencia como si aparentemente olvidáramos que vivimos.²

La vida es un discurso de tiempos fragmentarios que componen los diversos actos que nos dan sentido y a los que damos sentido. Dentro de ellos, el baño diario, el constante deambular de las personas entre los espacios privado y público, el dulce aroma de las panaderías (recordando a López Velarde), mirar la ciudad desde la óptica de una terraza, compartir una cena o preparar un almuerzo, dejarse ir con la llegada y la partida de los aviones, mojarse con la lluvia inesperada que baña una ciudad al caer el sol... ¿a cuántos de esos momentos les damos la apreciación que merecen?

La comida, por ejemplo, que es de los placeres más grandes de la vida cotidiana como acto y sustantivo a la vez y que radica no sólo en el hecho de degustar algún platillo, sino en la acción más sublime de prepararlo. Porque a través de ella los recuerdos se conectan con actos cotidianos, con actos de recordar personas, objetos y sueños que han sido separados en una temporalidad espacial. Tal es el sentido por el cual la comida no sólo alimenta, nutre eso que De Certeau (1996) llamó “sensibilidad estética”.

Por otro lado, a pesar del avance tecnológico, del mejoramiento genético de los alimentos, de la ingeniería agrícola, la comida sigue siendo un símbolo cultural. Los alimentos y el acto de comer, en tanto que práctica cotidiana, aportan una excelente fuente para describir los usos y costumbres de una cultura y una sociedad dadas y a través de ello tender puentes con otras localizadas en latitudes espacio-temporales diversas. Por ejemplo, y retomando nuevamente la primera imagen de la plaza

² Mientras escribo esto, afuera en la ciudad recién llovida, el momento me regala un hermoso arco iris. Ningún arpegio colorido más lindo que ése para acompañar estas líneas.

Dorrego, podemos observar que dentro de la sociedad porteña de inicios del siglo XXI, así como de la mexicana, permanece la costumbre de comer garapiñados en la vía pública. Acaso como una suerte de reminiscencias del pasado hispano, del pasado compartido por estas naciones hermanas, de ese pasado que parecíamos encontrar en algunos cuadros de María Izquierdo donde las imágenes circenses, al igual que las nueces garapiñadas, remontan a los recuerdos de nuestra niñez.

Ese aroma a garapiñados no está presente en otra escena que retomo de la misma plaza, la cual siendo el mismo sitio, por la ausencia del olor melosos de los garapiñados, se siente como *otro* lugar. Los espacios en general y las plazas particularmente parecieran mimetizarse como la *mantis religiosa* lo hace con su entorno, de modo que la plaza se mimetiza con los espíritus de quienes la visitan.



FOTO: “*Sueño* de una tarde dominical en una calurosa *plaza central* de San Telmo”.

La imagen de esta plaza fue captada en una calurosa y húmeda tarde de domingo veraniega en el mes de febrero. Ahí se pueden observar varios elementos que se vinculan con el imaginario de una cotidianidad

argentina. Por ejemplo, el uso del espacio público para compartir con las y los amigos, el disfrute de bailar y ver bailar tango, ese volcarse de la vida hacia afuera. El afuera que en verano se tiñe de un color parecido al rosa mexicano de las flores de los palos borrachos (árbol que aparece en el último plano). El afuera que sirve de escenario para que mujeres y hombres de diversas edades y nacionalidades “saquen brillo” a las baldosas de la plaza con sus más experimentados pasos de baile. El afuera que representa la oportunidad para que los mosquitos se deleiten con la sangre de los asistentes.

De igual modo, aparece en primer plano otro elemento propio de la cotidianidad argentina: el mate. El cual resulta ser una de las bebidas favoritas que las y los argentinos eligen para compartir momentos, para hermanarse a través de su amargo sabor, acaso por ser un líquido que podríamos decir “infusión” afecto, amistad, solidaridad, complicidad. El mate es una bebida cuya preparación, denominada cebar, demanda un estricto ritual que va desde la temperatura a la cual debe estar caliente el agua, hasta el “gracias” utilizado como sinónimo de “no quiero más”. La “yerba”³ mate, recordando la sensibilidad estética mencionada por De Certeau, sería el elemento que detona la activación de los sentidos que se ven motivados tanto por el sabor como por el ritual que conlleva y que, se antoja pensarlo así, cautiva de a poco a los extraños al conferirles cierto sentido de identificación y por ende, familiaridad y pertenencia.

Dicha familiaridad está relacionada con el contexto como construcción social que expresa su correspondencia con lo físico, y con ello le otorga una resignificación a gustos que son ajenos a otras cotidianidades. Mientras un sabor puede resultar chocante en un lado, el mismo es indispensable en otro. Ahí radica la conexión del sabor amargo del mate con el uso que conlleva su consumo. Algo semejante podría observarse con la utilización del chile o insectos, así como la ausencia de cocción de algunos alimentos de otras latitudes.

Los sabores nos remontan a nuestros recuerdos más antiguos, nos llevan de la mano a los sueños, a los juegos, a los deseos. Los sabores, pareciera, pueden borrar distancias geográficas al identificarlos, o creer hacerlo, en platos propios de una región. Así, por analogía o por contraste,

³ Llama la atención incluso el modo como se escribe la palabra.

es posible que una persona de Salta, al norte de Argentina, al degustar un tamal mexicano —sin picante, eso sí—, pudiera viajar a través de su sabor hacia latitudes sureñas de nuestro continente americano. O bien una persona de El Salvador, encontraría similitudes entre las quesadillas de México y las pupusas. En cualquier caso, lo hermoso radica en comenzar a labrar el reto personal a través del encuentro con lo desconocido, descifrar los significados sensoriales armonizando o enfrentando los elementos familiares con lo extraño y de ese modo abrirse a la construcción de nuevas formas identitarias acordes al paisaje sensorial en el que nos movamos dentro de una cotidianidad distinta y novedosa y, con ello, comenzar a formar parte, a establecer lazos de pertenencia. La apertura consciente es una vía para lograrlo.

Los sabores llevan, lo mismo de la casa materna a los intersticios de la vieja escuela, de los de la plaza o la ciudad a los de un país o nuestra propia cultura. A través de ellos se puede emprender un viaje como “metáfora de enriquecimiento individual o retirada del mundo”, diría Renato Ortiz (1996:27-46). Los sabores son boletos de avión, de tren o autobús que permiten viajar a través de culturas diferentes y con ello franquean, a la vez que definen, límites sociales; borran y construyen fronteras geográficas y culturales. Nos conceden emprender un periplo hacia sociedades diversas que otorguen a ciertos alimentos un carácter ritual, o que utilicen ingredientes que de sólo nombrarlos pongan los pelos de punta a quienes les sean extraños. Los sabores responden a la combinación como de alquimista, que realizan las personas expertas en el tema o quienes simplemente gustan de innovar, a través de los ingredientes que utilizan. Porque los ingredientes incluso en los platillos más sencillos, como las avenidas de una ciudad cuando llueve, abandonan su forma habitual, se fusionan en una masa indistinta, en colores resplandecientes. Es como si danzaran o trazaran rasgos que evocaran una colorida escena pintada por Chagall en donde danza y trazo realizaran un ritual tamizado por el corazón en el cual las regiones de la lengua instruyeran a las papilas, llegaran a detonar a las retinas y motivaran, con el chocar de las copas, a los oídos.⁴

⁴ Se sabe que se chocan las copas cuando brindamos para que también el sentido del oído participe activamente del acto.

Tanto cocinar como comer son actos cotidianos, ahí radica su esencia, en lo habitual que representan. En el placer que deberíamos encontrar en los actos que realizamos día a día, en esos en donde deberíamos prestar atención vigilante a los pensamientos propios y a los de la otredad, sin juzgar ni criticar, acaso autocriticarnos, y recordar la sensación prodigiosa de que vivir comienza a cada instante. De ese modo, lograr sintonizar la sensibilidad con la receptividad, con la conciencia de que cada momento es único e irrepetible, así como cada sabor proviene de ingredientes que aunque iguales en la forma nunca serán los mismos, como el agua de un río.

Esa debería ser una tarea de cada instante de nuestra existencia. Esa debería ser la consigna la próxima vez que *morfemos*⁵ o cocinemos algún plato, por sencillo que éste sea. Deberíamos darnos la oportunidad de preguntarnos si existen las razones razonables, de ver la vida de modo contemplativo, conscientes y alertas de asir cada momento por lo nuevo que representa, deberíamos otorgarnos querer guardar ese olor propio de lo nuevo en un frasquito, para destaparlo y rememorar a través de su fragancia los momentos hermosos que conlleva.

A modo de corolario, y para invitar a compartir un placer culinario, quisiera acompañar estas líneas con una receta para ser preparada para las personas amadas, porque el de cocinar es un acto de amor. Ya que quizás además de alimentar, quienes cocinamos para los otros, queramos hacer que el sabor de nuestra cocina logre que ciertas luces apagadas iluminen más que otras encendidas. Luces que necesariamente alumbren nuestros recuerdos acaso aderezados con las tiernas notas del *Nonino* de Piazzolla.

Combinar el jugo de una naranja, una toronja y un limón, cortar rodajas de cebolla morada, picar finitos ajo, echalotte, cilantro, perejil y jengibre peladito. Marinar ahí filetes de atún, salmón, robalo o huachinango. Sellar cada filete en poco aceite de oliva. Retirar los sólidos de la salsa y ponerla a fuego muy bajo. Freír los sólidos hasta que estén crocantes. Mezclar todo y hornear. Servir, acompañado de cilantro frito, en un lindo plato. Acaso descorchar un Albariño bien frío y contemplar, teniéndola como telón de fondo, a la ciudad que se ame. Descubrir en

⁵ Palabra usada coloquialmente en las regiones de Argentina y Uruguay, que refiere a comer (tomar alimentos).

ella a las ciudades propias o las prestadas. Desear encontrar en su reflejo a las que nos roban el corazón y a las que, como toda esperanza, están aguardándonos con los brazos abiertos.

Bibliografía

- Berger, John (2006), *Con la esperanza entre los dientes*, La Jornada Ediciones, México.
- Calvino, Italo (1999), *Marcovaldo*, Siruela, Madrid.
- Certeau, Michel De (1996), *La invención de lo cotidiano. I artes de hacer*, UIA, México.
- Juarroz, Roberto (2005), *Poesía vertical II. Trípticos verticales III*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Ortiz, Renato (1996), *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Rosaldo, Renato (1991), *Cultura y verdad*, CNCA/Grijalbo, México.